

70 años del armisticio en la península coreana: prospectos para la paz y la unificación*

70 year since the armistice in the Korean peninsula: Directions for peace and unification

DOI: <https://doi.org/10.17230/map.v13.i24.06>

Juan Felipe López Aymes

Universidad Nacional Autónoma de México

e-mail: jflopezaymes@crim.unam.mx

* Las reflexiones expuestas aquí forman parte de un trabajo colectivo realizado desde México en el que varios colegas participamos para revisar varios ángulos del tema.

Resumen

En julio de 2023 se conmemoró el setenta aniversario de la firma del armisticio que puso pausa a la guerra de Corea. Esta conflagración fratricida empezó siendo un conflicto interno, pero se internacionalizó cuando las partes en disputa buscaron en el exterior apoyo a sus causas, lo que dio cabida a la intervención de intereses extranjeros después de la liberación en 1945. La causa común era la formación de una sola Corea, aunque había más de una visión sobre la configuración de la economía política del nuevo Estado-nación. Este artículo coincide con el argumento de que la división de la península coreana no solo es resultado de procesos externos, sino que los gobiernos y élites dominantes en ambas Coreas son corresponsables. Debido a la agencia de los protagonistas y su interés de sobrevivencia como objetivo último, se argumenta que la idea de reunificación repercute de manera contraproducente en el proceso de paz de la península coreana y es una variable explicativa de las dificultades para cambiar la estructura de seguridad regional.

Palabras clave

Armisticio, unificación, relaciones intercoreanas, agencia, estructura, seguridad, poder, noreste de Asia, estabilidad.

Abstract

In July 2023, the seventieth anniversary of the signing of the armistice that paused the Korean War was commemorated. This fratricidal conflagration began as an internal conflict, but became international when the disputing parties looked abroad for support for their causes, which gave rise to the intervention of foreign interests after the liberation in 1945. The common cause was the formation of a single Korea, although there was more than one vision about the configuration of the political economy of the new nation-state. This article agrees with the argument that the division of the Korean Peninsula is not only the result of external processes, but that the governments and dominant elites in both Koreas are co-responsible. Due to the agency of the protagonists and their interest in survival as the ultimate objective, it is argued that the idea of reunification has a counterproductive impact on the peace process on the Korean Peninsula and is an explanatory variable of the difficulties in changing the regional security structure.

Keywords

Armistice, unification, inter-Korean relations, agency, structure, security, power, Northeast Asia, stability.

Introducción

En julio de 2023 se conmemoró el 70 aniversario de la firma del armisticio que dejó en pausa la guerra en la península de Corea.¹ Esta conflagración fratricida empezó siendo un conflicto interno, pero se internacionalizó cuando las partes en disputa buscaron en el exterior apoyo a sus causas, lo que dio cabida a la intervención de intereses extranjeros después de la liberación en 1945. La causa común era la formación de una sola Corea, aunque había más de una visión sobre la configuración de la economía política del nuevo Estado-nación.

La tesis aquí coincide con el argumento de que la división de la península coreana no solo es resultado de procesos externos, como el expansionismo japonés de los siglos XIX y XX, los acuerdos entre potencias para reconfigurar el orden una vez que terminara la Segunda Guerra Mundial, o la discordia bipolar de la Guerra Fría. Cuando se observa el conflicto coreano como resultado de estructuras, procesos o fuerzas externas suele despojarse de responsabilidad a las dos Coreas, especialmente sus gobiernos y élites dominantes. Aquí se seguirá el planteamiento de que la división es producto de disputas sociales históricas y fragmentación política, preexistentes a la ocupación japonesa.

Asimismo, se argumenta que la idea de reunificación repercute de manera contraproducente en el proceso de paz de la península coreana y es una variable explicativa de las dificultades para cambiar la estructura de seguridad regional (del armisticio a un tratado de paz que reconozca los intereses básicos de supervivencia del régimen de Pyongyang y el de Seúl). El punto de partida de la tesis es que los grupos políticos en ambas partes de Corea son corresponsables de la división y las tensiones, no solo el régimen del Norte.

Este trabajo plantea analizar varios ángulos del problema coreano e integrarlos alrededor de la idea de que la agencia de los protagonistas es clave para la continuación o interrupción del *statu quo*. Para ello se conserva la mirada histórica de varios procesos, como los intentos de diálogo, el origen y naturaleza del programa nuclear norcoreano, las sanciones y el papel de las potencias con intereses en la región. Se cuestiona si hay elementos para reconocer que la agencia de los regímenes del Norte y el Sur determina la estructura de las relaciones intercoreanas en las que actores externos solo pueden contribuir e intervenir marginalmente.

Lo anterior puede servir como una respuesta tentativa a la pregunta acerca de la prolongada duración del armisticio. En este sentido, podría inferirse que el *statu quo* sea el reflejo de un punto de equilibrio en las relaciones intercoreanas que proporciona predictibilidad y, por lo tanto, estabilidad a la región a partir de un complejo sistema de interacciones en

1 El texto original puede encontrarse en: https://www.usfk.mil/Portals/105/Documents/SOFA/G_Armistice_Agreement.pdf

las que las preferencias de los actores convergen. En otras palabras, las partes interesadas (incluyendo las dos Coreas) prefieren la división de la península y la conservación de regímenes fuertes con sus respectivas alianzas y estrategias de disuasión. Los intentos de diálogo, las sanciones, el discurso violento e incluso el programa nuclear pueden ser componentes de una gran simulación colectiva en la que se invita al diálogo sin querer dialogar, se sanciona a sabiendas de su esterilidad para cambiar la conducta del régimen norcoreano o acometer la desnuclearización y el programa nuclear tiene una función de estrategia política interna y diplomática más que de seguridad.

Para desarrollar el tema, primero se hace un análisis del proceso de división tomando en cuenta sus antecedentes y se da cuenta del estado de fragmentación social y política previa a la liberación en 1945, en la que la guerra de Corea o algún tipo de enfrentamiento violento habría ocurrido independientemente del contexto de Guerra Fría. En el fondo, dado que la constante en la península es la movilidad de fronteras y la imposición de regímenes, se argumenta que la unificación es más una cuestión geopolítica que añoranza por la época previa a la ocupación. En esta parte se hace referencia a fuentes secundarias. En una segunda parte se reflexiona sobre enfocar la mirada del problema coreano en sus agentes principales, los regímenes del norte y del sur. El argumento aquí es que la desnuclearización paz como preámbulo de la paz y la reunificación es un despropósito, pues implica la erradicación de alguno de los regímenes en cuestión. Finalmente, se colige que las principales potencias con intereses en la región prefieren el statu quo como la fórmula más viable para la estabilidad, aunque no sea la más óptima. En general en este trabajo se hace referencia a fuentes secundarias.

Realidades históricas en la península coreana

Después de siete décadas de haber firmado el armisticio, dicho instrumento sigue vigente en la actualidad.² El cese al fuego tiene por objetivo crear una condición temporal con objeto de discutir las posibilidades y formas para establecer la paz y, eventualmente, asentarla en un acuerdo legal que permita iniciar un nuevo contexto de diálogo, negociaciones y convivencia. En la península coreana no se siguió ese camino, por lo que el instrumento que regula desde entonces las relaciones de seguridad en la región se transformó de una solución intrínsecamente frágil y transitoria, a una rígida y permanente. Se trata de una

2 El armisticio fue firmado solamente por Corea del Norte, China y Estados Unidos como representante de las fuerzas militares de la ONU. Corea del Sur no es signataria debido a inconformidades en el asunto de los prisioneros de guerra, aunque la reticencia también se debió a que se asumía que la firma cancelaría las posibilidades de reunificación bajo la égida sur-coreana.

situación excepcional en la historia política mundial y en este trabajo analizamos este problema, los actores principales y su papel en la continuidad del statu quo.

El estado de las cosas en la península coreana ineludiblemente nos remite a la Guerra Fría que supuestamente concluyó a principios de la década de 1990, pero que en este caso permanece en las trincheras geopolíticas e ideológicas. Con el transcurrir de los años se ha producido una realidad que no solo es interesante como objeto de estudio, sino que tiene repercusiones más allá de la región dado el estatus económico de Corea del Sur y el programa nuclear de Corea del Norte.

A lo largo de la historia a partir de la división y la guerra, en medio de tensiones y amenazas constantes por reanudar las hostilidades, ha habido intentos de acercamiento y diálogo entre los protagonistas coreanos, y también entre las potencias con intereses en la región como China, Estados Unidos, Rusia y Japón. No obstante, estos acontecimientos y los actores regionales han dejado una impronta geopolítica que apunta más hacia la estabilidad que al retorno del conflicto armado. Aún con esos antecedentes, la división se ha consolidado en dos regímenes no solo incompatibles, sino antagónicos que siguen soñando con la paz y la unificación, cada uno con la misión de consumarla a su imagen y semejanza. Empero, en virtud de las condiciones actuales, al menos la unificación parece una meta inviable. No hablamos solo de la animosidad y falta de voluntad de diálogo de los gobiernos conservadores surcoreanos, ya que los progresistas tampoco han logrado consumir la paz ni avanzar hacia “una sola Corea”, lo que nos lleva a pensar que el problema tiene sus raíces en otro lado.

Entonces, cómo podríamos entender el fenómeno de la división y un armisticio tan prolongado en un contexto en apariencia diferente al que le dio origen durante la Guerra Fría. Empezamos por preguntar si la división de la península coreana se puede considerar una anomalía histórica. Una respuesta rápida sería que no, pues el territorio que conforma la península ha experimentado numerosos cambios en la configuración de sus fronteras a lo largo de 2500 años.³ Un vistazo a los mapas de cada periodo histórico de lo que ahora llamamos Corea demuestra que en varios de ellos han coexistido diferentes reinos, a veces solo uno, pero con fronteras siempre movibles. La configuración contemporánea que representa la Corea unificada en el imaginario popular es la del reino de Choson (1392-1910). Antes de esa era, las variaciones en la extensión del dominio político del territorio por uno o varios regímenes han sido la norma. Esto es, Corea

3 Aunque la historia oficial coreana comienza con el mito de Tangun que se remonta al tercer milenio a. n. e., aquí consideramos la formación de una estructura política más o menos distinguible y estable a partir del llamado reino de Koyoseon fundado en el siglo VII a. n. e. Al periodo Koyoseon le siguieron: Tres Reinos (+ Kaya), siglo V d. n. e.; Tres Reinos, siglos VI-VIII; Silla (+ Balhae), siglos VIII-X; Koryo, siglos X-XIV; Choson, siglos XIV-XX; ocupación japonesa, siglo XX, y Corea del Norte + Corea del Sur, siglos XX-XXI.

ha estado fragmentada a lo largo de su historia, sea por pugnas entre reinos dentro de la península, por invasiones de grupos provenientes de China, Mongolia y Japón, por sometimiento al imperio japonés y por la ocupación soviética y estadounidense.

Asimismo, la fragmentación social también ha sido una característica en la cultura política coreana, cuyos efectos en la tradición jurídica, la organización del poder y la distribución de los derechos económicos son profundos y duraderos (Oropeza García, 2021). Particularmente en la era Choson, durante 500 años antes de la anexión japonesa de la península, se implementó un conjunto de instituciones inspiradas en la filosofía confuciana que estratificaba a la sociedad y le daba a cada grupo un lugar del que sus miembros difícilmente podían moverse. Los derechos, obligaciones y privilegios se distribuían según la adscripción en la estructura sin más opción que aceptar su condición. Con el tiempo, esta situación generó escisiones culturales en la pirámide social, formas distintas de reconocerse y reconocer al “otro”; aun en la cúpula, la clase noble estaba dividida, pues no todos podían gozar del mismo grado y medida de poder. Además de las amplias brechas sociales causadas por este régimen, también generó rencores internos que se acentuaron con la discriminación del sistema colonial japonés y los llamados “colaboracionistas”. Podría decirse que lo anterior delineó la noción de justicia social que aún prevalece en el sur y dio legitimidad a las políticas emancipatorias socialistas del norte.

Así que, cuando se argumenta que Corea ha sido siempre una nación distinguible de otras, étnicamente homogénea, socialmente estable y soberana de un territorio con fronteras invariables, podemos cuestionar si se trata de una constante histórica o más bien de un mito. Si es lo último, se trata de un mito importante, casi fundacional, que da cohesión a la identidad nacional coreana. Pero, como tal, impide ver otras realidades y es difícil de articular un discurso que admita un escenario en el que la hermandad coreana quede mutilada permanentemente.

Lo anterior es relevante porque la idea de que “para una sola nación solo puede haber un Estado” parece ser el corazón de la problemática actual y futura en la península coreana. Cuando se piensa en la división y luego en la guerra de Corea, por lo general solo se toma en cuenta lo que pasó después de 1945 y no que se trataba de una sociedad y una economía política bastante fragmentada y repleta de enemistades virulentas. Con la liberación después de 35 años de yugo japonés, los grupos de patriotas exiliados regresaron a Corea, pero no pudieron ponerse de acuerdo entre ellos y con los que se quedaron para desarrollar un programa político unificado. Ante esto, cada grupo solicitó el apoyo y respaldo de las alianzas cultivadas durante su activismo político en el exterior.

Dos actores con papeles protagónicos en la historiografía coreana fueron Rhee Syngman en el Sur —un

personaje no siempre recordado amablemente, quien pasó el exilio en China del Kuomintang y después entre los círculos conservadores de Estados Unidos— y Kim Il-sung en el Norte —un guerrillero entrenado en la Unión Soviética que luchó en la resistencia maoísta contra la expansión japonesa en China—. Envueltos en sus propias mitologías, ambos líderes se convirtieron en representantes de los dos grandes segmentos de aquella sociedad estratificada; ambos buscaban establecerse como la esencia de lo coreano y, por lo tanto, como la fuerza motora de la Corea unificada e independiente; ninguno logró imponerse sobre el otro porque cada parte solicitó la intervención de sus aliados extranjeros, con lo cual las divisiones internas se trasladaron al escenario externo y el proceso de formación del nuevo Estado-nación quedó contaminado por la animosidad del conflicto bipolar de la Guerra Fría.

Importancia del orden externo en el problema coreano

A pesar de que el argumento aquí es que el problema coreano es esencialmente consecuencia de procesos y divisiones históricas internas, no es posible objetar que la Guerra Fría haya sido una fuerza poderosa en la partición antes, durante y después de la guerra civil. Por un lado, la intervención y respaldo de las potencias dominantes equilibró las capacidades militares en cada bando, pero también introdujo animadversiones ideológicas (anticapitalismo-anticomunismo) en lo que originalmente eran movimientos nacionalistas. Por otro lado, debido a que casi todos los grandes procesos del orden internacional de la postguerra giraban en torno a la rivalidad soviético-estadounidense, cuando se intentó establecer un acuerdo de paz en la península coreana en la convención de Ginebra de 1954, los representantes de cada Corea no pudieron alcanzar un mínimo acuerdo sobre qué se iba a negociar, cómo y en qué términos. En su lugar, se dio paso a la negociación de la paz en Indochina, la cual se concretó, así como la independencia de Vietnam, Laos y Camboya. Pronto después, la Guerra Fría provocó otros problemas que desviaron la atención de las potencias, haciendo que el asunto coreano perdiera su turno en la agenda multilateral y quedó sin resolverse desde entonces.

El ambiente internacional de la pugna bipolar también ha creado una división entre el público observador de los procesos de la península coreana. Los medios de comunicación, la academia estadounidense y los grupos políticos más conservadores construyeron un discurso maniqueo en el que Corea del Norte parecía representar la maldad, la insensatez, la intransigencia y la peor amenaza a la seguridad regional y mundial; Corea del Sur sería la víctima que debía recibir la simpatía de la comunidad de países libres. El programa nuclear norcoreano en los años noventa

encaja perfecto en esa narrativa. Esta construcción de Corea del Norte como el “malo de la película”, el país que en 1950 invadió Corea del Sur sin provocación aparente y con la venia de la Unión Soviética y la República Popular China, demanda ser revisada, cuando menos. Es entonces pertinente preguntarse si Corea del Norte es el único responsable del conflicto bélico. Cabe aclarar que no se pretende defender al régimen de Pyongyang ni cuestionar si en realidad fue el Norte quien atacó al Sur y ser comparsa de la versión de que la irrupción militar el 25 de junio fue un acto de autodefensa. Lo que sabemos es que Rhee Syngman también tenía planes de marchar hacia al Norte y conquistar la soberanía completa de la península bajo la bandera surcoreana, que Stalin no simpatizaba del todo con el plan de Kim Il-sung (Weathersby, 1993) y que China entró a la guerra porque fue atacada por las tropas estadounidenses y amenazada con bombas nucleares por parte del general Douglass McArthur (López Aymes, Romero Castilla, Escalona Agüero, & León Manríquez, 2009).

Hay poca controversia histórica en que efectivamente Corea del Norte fue quien se abrió paso a través del Paralelo 38 de manera planificada y con potente capacidad material (principalmente de equipo, vehículos y armamento soviético). Lo que se dice menos, es que Corea del Sur habría hecho lo mismo, pero fue refrenada por Estados Unidos porque no confiaba en la autocontención de Rhee Syngman y porque no era su interés enfrentarse con los regímenes de Moscú y Pekín tan pronto después de la Segunda Guerra Mundial; además, Corea no era su bastión de seguridad regional, sino Japón. El abstenerse de dotar a Corea del Sur de armamento evitó que Rhee tomara la iniciativa de invadir el Norte, por lo que quedó limitado a emprender escaramuzas y suscitar provocaciones que justificaran la permanencia de su aliado político y militar. La violencia anticomunista que se experimentó con el exterminio de movimientos de izquierda en el Sur previos a la guerra de Corea (Cumings, 2010) da luces de este ambiente y del deseo mutuo de lograr la unificación por cualquier medio posible. La amargura y virulencia de los combates entre coreanos, la capacidad destructiva del armamento estadounidense, los bombardeos masivos e incesantes que dejaron completamente en ruinas ciudades enteras del territorio del Norte, nos hacen preguntar a quiénes se les debe adjudicar la responsabilidad de la guerra, la devastación física y las secuelas en la psique de la población que han hecho tan difícil imaginar la reconciliación. No parece haber inocentes en esta historia. ¿Cómo puede una sociedad recuperarse material y emocionalmente de algo así? Lo que se sembró después de eso se ha cosechado de un terreno fértil para el ultra nacionalismo que le pone nombre y apellido al enemigo.

La experiencia de la guerra y sus particularidades es material valioso para la construcción de cualquier versión del conflicto y siempre habrá competencia por imponer la verdadera historia. La reconstrucción oficial de la memoria es un medio útil para el control de las masas en ambos lados

de la península e incluso todavía se distingue en el discurso cotidiano cuando se habla del problema coreano. Por ejemplo, la destrucción desproporcionada en el Norte provee una fuente inagotable de material discursivo para nutrir el rencor, la percepción de vulnerabilidad y la desconfianza. Sin embargo, aunque Corea del Norte es parte central del problema, queda claro que no es el único actor responsable de su longevidad, o de la animadversión y falta de confianza imperante en la región. La idea de victimización asumida por el Sur y por occidente esconde entonces los fragmentos de evidencia disponible que le permitiría a la comunidad internacional plantear un proceso de restauración que derive en un pacto de paz y permita iniciar una nueva era de relaciones intercoreanas, incluso sin necesidad de considerar un proceso de reunificación.

Así, las preguntas que siguen plantearse son por qué no se firmó la paz y por qué ha durado tanto el armisticio. Evidentemente la respuesta (o respuestas) a un problema tan complejo y con tantos ángulos depende de la posición donde cada uno se encuentre. En la disciplina de Relaciones Internacionales se suele integrar planteamientos metodológicos que ayuden a explicar por qué suceden las cosas como lo hacen a partir de ubicar el objeto de estudio como una relación uní o bidireccional entre la agencia y la estructura. Si se toma a la Guerra Fría como la estructura que influyó en la larga duración del armisticio, pues determinaba las acciones de los agentes en el tablero mundial, cabría cuestionar si al término de esta debió ocurrir un cambio del statu quo en el noreste de Asia. Ciertamente algunas inercias continuaron después de los acontecimientos y procesos que precipitaron su fin, pero a más de 30 años de aquel cambio de contexto la península sigue dividida y el armisticio sigue siendo el instrumento que técnicamente contiene los ataques militares entre las partes y, además, no parece que la situación vaya a transformarse pronto.

Si la Guerra Fría no es la estructura que explica la prolongación del problema, entonces se podría considerar la hipótesis relacionada con la inestabilidad en el proceso de remodelación del orden mundial de la Postguerra Fría. En el tránsito de la bipolaridad, a la unipolaridad y luego a la multipolaridad, China emergió como un competidor hegemónico, Rusia busca recuperar sus fueros y la Unión Europea se ha vuelto más que un bastión para la seguridad estadounidense; todos esos actores están interesados en influir en el rediseño y control de los regímenes internacionales. Pero, mientras se definía el nuevo orden, las mismas potencias buscaron encapsular por medios diplomáticos y políticos los focos de conflicto que puedan derivar en tensiones y enfrentamientos entre los grandes actores globales. La península de Corea sería uno de esos focos en el que la guerra no necesariamente queda "olvidada", sino que, como proceso latente, es "evadida". Al reconocer su estatus periférico, el abandono momentáneo dio cierto espacio de

autonomía a Seúl y Pyongyang, aunque no suficiente para tolerar una invasión de cualquiera.⁴ De esta forma, la agencia de las potencias se presenta como un factor interviniente, aunque solo sea para delinear los contornos del conflicto intercoreano.

El papel de la agencia en el problema coreano

El inconveniente de ver el problema coreano solo desde una perspectiva estructuralista o como resultado de los intereses de las potencias mundiales, es que se despoja de responsabilidad a las dos partes coreanas. Sea la construcción de Corea del Norte como “el malo” y Corea del Sur como “la víctima”, la Guerra Fría o la pugna entre potencias, la culpa es de alguien más. ¿Se podría entonces mover un poco el punto de observación y distinguir que la guerra civil y la división podrían no estar relacionadas con causas estructurales y se trata de un asunto primordialmente de agencia de Corea del Norte y del Sur? En efecto, ha habido diferentes oportunidades de negociación multilateral como la mencionada Conferencia de Ginebra de 1954 y algunos momentos de distensión en los que se ha intentado establecer un diálogo bilateral (algunos con el auspicio de organizaciones como la Cruz Roja), pero siempre han fracasado porque cada régimen ha buscado establecer o imponer sus condiciones sobre el otro (Kwak, 1985; Romero Castilla, 1974). En la época de Park Chung-hee (1961-1979), las iniciativas para realizar encuentros entre ambas partes se vieron frustradas por condicionalidades que parecían planteadas con el propósito de no permitir el avance en la instauración de canales de comunicación estables. Desde una posición de mayor fuerza económica en los años ochenta y noventa, el gobierno de Corea del Sur siguió una política más asertiva de acercamiento hacia el bloque socialista que pretendía debilitar la posición internacional de Corea del Norte, con lo cual daba la impresión de buscar el sometimiento más que el diálogo y la coexistencia pacífica cuando se propuso en esos años.

Incluso las cumbres más recientes como la de Kim Dae-jung (2000), Roh Moo-hyun (2007) y Moon Jae-in (2018) con los líderes norcoreanos lucían prometedoras, pero no lograron avanzar hacia la concreción de un nuevo esquema de relaciones intercoreanas en un marco de paz y concordia. Con esos ejemplos no se puede argumentar que la Guerra Fría, el sistema mundial o la intervención de alguna potencia haya impedido la reconciliación o causara la falta de voluntad o haya intervenido para evitar la unificación. Más bien han sido las dos Coreas, en su calidad de agentes, las responsables de mantener la situación como está.

4 El abandono sí fue drástico en el caso del bloque socialista hacia Corea del Norte, pues su desmoronamiento significó la interrupción del sistema de trueque que, en adición a la ineficiencia del sistema centralizado de distribución, resultó en una hambruna histórica durante la primera mitad de los años noventa (Haggard & Noland, 2007; Smith, 2015).

Ante este panorama, el armisticio se presenta no como la mejor opción ni la más óptima, ya que sigue generando tensión política y gastos militares posiblemente innecesarios, sino como la que hasta ahora ha propiciado un equilibrio, a pesar de su precariedad. Da la impresión de que ni los coreanos del sur o del norte o las otras potencias con intereses en la península están interesadas en modificar la situación.

Ciertamente, el programa nuclear norcoreano es un factor que posiblemente cambie el frágil equilibrio que proporciona el armisticio, especialmente desde que se empezaron a realizar pruebas de misiles y detonaciones nucleares subterráneas en los últimos 20 años. Pero, hasta qué punto la capacidad nuclear norcoreana y las sanciones impuestas permite generar o coartar escenarios de paz. Antes de que el programa fuera un asunto prioritario en las relaciones intercoreanas y en la seguridad regional, el armisticio era suficiente para contener a cada parte de sus intenciones de exterminar el régimen impostor. Asimismo, las alianzas político-militares de Corea del Norte con China o Rusia y la de Corea del Sur con Estados Unidos hacían su parte al disuadir incursiones mayores que ameritaran una intervención de gran escala y el riesgo de alcanzar dimensiones peligrosas.

En la actualidad, el programa nuclear se ha posicionado como el tema más importante que condiciona todo lo demás. Por lo tanto, resulta inconveniente considerar un escenario de paz que empiece y termine con la desnuclearización porque la naturaleza de dicho programa hace imposible que se dé marcha atrás por voluntad propia. Paradójicamente, el programa nuclear se ha convertido en un factor de estabilidad en la región. Por un lado, ha dado estabilidad al régimen de Pyongyang y le ha permitido a la familia Kim consolidar su poder por su relación con el sector militar; asimismo, legitima al régimen ante la población porque le brinda cierta percepción de poder y seguridad (López Aymes, 2023; Smith, 2015). Por otro lado, eleva el nivel de negociación externa, lo que posibilita un chantaje efectivo (Roldán, 2015). Esto tiene que ver con la capacidad de inhibir algún plan de atacar o invadir Corea del Norte para destruir al régimen. Finalmente, también le provee de ciertos recursos por la venta clandestina de materiales y tecnología a Estados o gobiernos indignos del afecto de los amantes de la paz (Haggard & Noland, 2008). Como consecuencia de los ensayos que deben realizarse como en cualquier programa científico y tecnológico, parte de la comunidad internacional ha impuesto sanciones que buscan presionar y debilitar al gobierno norcoreano e inhibir el progreso del programa. Sin embargo, el resultado ha sido lo opuesto: han fortalecido internamente al régimen y, de hecho, justifican la necesidad de defenderse con armamento que equilibre la balanza militar en la región. Es más, cuando otros gobiernos detestados por occidente han desmantelado sus programas de armamento de destrucción masiva, los regímenes eventualmente sucumben y son destruidos.

Aunque parezca un desvío irracional de recursos, la efectividad del programa nuclear ha quedado demostrada y sirve a los intereses de sobrevivencia del régimen, por lo que más bien sería irracional renunciar a este (Lankov, 2015, 2017). De hecho, Corea del Norte se autoproclamó Estado nuclear, y así quedó asentado en su constitución. A fin de cuentas, Pyongyang tiene la bomba y los vehículos para hacerla llegar a territorio enemigo (Panda, 2020). Además del valor político interno y externo, el avance tecnológico es tal que no habría motivo para emprender otro camino, incluso podría ocurrir que se buscara aumentar sus capacidades como recientemente se declaró (Zwirko, 2023).

Lo que demanda Pyongyang para frenar y desmantelar el programa nuclear es que se eliminen todas las sanciones, se den garantías creíbles de que no será atacada y que las bases militares de Estados Unidos sean retiradas de Corea del Sur. Como ninguna de estas condiciones son aceptables para Estados Unidos y sus aliados, Corea del Norte no emprenderá la desnuclearización. De continuar la rigidez en la postura estadounidense, la situación solo puede profundizar sus raíces, crecer y convertirse en la nueva normalidad a la que los actores deberán adaptarse y buscar formas de regular para que las emociones y arrebatos humanos no terminen en un desastre (Panda, 2020). Por lo tanto, se puede predecir que cada avance del programa nuclear conllevará un avance proporcional en las sanciones. La espiral infinita entre el programa nuclear y las sanciones ha propiciado cierta estabilidad, más por el efecto disuasorio y equilibrante del armamento nuclear, que por pactos constructivos hacia paz; sin embargo, es muy costosa en términos materiales y políticos. Visto de esta manera, lo que se tiene es una simulación colectiva de deseo de paz.

Ya se observó que las dos Coreas han sido incapaces de resolver sus asuntos por ellas mismas, principalmente porque insistir en la desnuclearización como preámbulo para la paz que concluya con la reunificación es contrario a los intereses de ambas debido a que una sola Corea significa que uno de los dos regímenes tendría que desaparecer, eventualmente. Los regímenes están tan consolidados y las sociedades tan construidas a modo, que la reconciliación en el corto o mediano plazo se estima improbable. Esto nos lleva a la necesidad de ampliar la mirada hacia otros caminos y, también, hacia otros actores: las potencias con intereses (y responsabilidades) en la península como China, Rusia, Japón y Estados Unidos.

Es casi obvio que las potencias mencionadas y los gobiernos en general manifiesten en los círculos diplomáticos su simpatía por la idea de una sola Corea y que el proceso se realice, preferentemente, de manera pacífica (Kim, 2014). El asunto es que, como inferimos arriba, de lograrse una reunificación, es poco probable que sea pacífica ya que ambos regímenes priorizan su sobrevivencia. Ante esta realidad, lo que evidencian las acciones y no acciones

de las diferentes potencias es que prefieren la estabilidad que brinda el statu quo: que poco o nada se mueva en la configuración geopolítica del noreste de Asia porque así se ha logrado conservar el equilibrio de fuerzas en la región y entre ambos lados del paralelo 38 por más de siete décadas. La posibilidad de un nuevo conflicto bélico por más corto que sea,⁵ el colapso del régimen norcoreano y la ocupación por parte del sur (lo opuesto luce improbable, pero hay que mencionarlo para ser justos), el relajamiento abrupto de las fronteras y el posible éxodo masivo y violento de ciudadanos norcoreanos a China, Rusia, Corea del Sur o Japón, un ataque furtivo a las principales ciudades y bases militares en cualquiera de las Coreas que desaten una escalada bélica y la intervención militar de Estados Unidos o China son todos escenarios factibles sin el armisticio o sin el programa nuclear norcoreano.

Pensar en una península coreana unificada neutral es una idea atractiva, pero no practicable por dos razones. La primera es que, asumiendo que es un solo Estado (integrado por absorción), implica que el régimen político y económico resultante sería inaceptable para alguna de las potencias aliadas de cualquiera de los bandos. La segunda razón es que, de ser el régimen surcoreano el que absorbiera al otro, la marcada fragmentación de la clase política y la sociedad entre conservadores y progresistas haría sumamente inestable la calidad de neutralidad que pudiera fundarse. Un nuevo contrato social que transforme la dinámica de la competencia partidista-ideológica en Corea del Sur parece una meta demasiado improbable, a menos que exista una amenaza externa (no necesariamente Corea del Norte) que permita articular un nuevo proyecto nacional bipartidista sin dejar de ser una democracia funcional. En todo caso, una sola Corea “neutral” pero en la que gobernara un (ex) aliado de Estados Unidos no es un escenario deseable para China ni para Rusia (y viceversa).

A pesar de las tensiones, el programa nuclear y las sanciones correspondientes, el lenguaje colorido e incendiario de cada parte, los ejercicios militares conjuntos entre Corea del Sur y Estados Unidos, entre otras manifestaciones del conflicto, con los años se han desarrollado fórmulas para relajar el nerviosismo y negociar algunas concesiones, independientemente de que la forma de conseguir sus objetivos por parte de Corea del Norte sea tan criticable y aparentemente insostenible (el chantaje es una práctica arraigada en las crisis y sigue siendo efectiva después de décadas de practicarla).

Llegar a un escenario de paz que concluya en un acuerdo formal, que conduzca al retiro de tropas estadounidenses de Corea del Sur, que cese las sanciones y emprenda la desnuclearización (completa, verificable e irreversible), parece un escenario remoto. Para empezar, no hay indicios de

⁵ La guerra entre Ucrania y Rusia deja en claro que no se puede anticipar la duración de una guerra en la que la sobrevivencia de un régimen está en juego.

cambio inminente hacia la transformación del régimen de paz que sustituya al armisticio. Incluso el ex presidente Moon Jae-in desde la Asamblea General de las Naciones Unidas llamó en 2020 a la comunidad internacional a que se unieran a la iniciativa de establecer un acuerdo de paz definitivo, pero su convocatoria no tuvo seguidores a pesar de que lo hizo por dos años consecutivos. Parte del asunto es que la desnuclearización se antepone a todo intento de acercamiento; para Estados Unidos el diálogo solo es aceptable cuando Corea del Norte se deshaga de su arma y su escudo, pero Pyongyang exige las mismas condiciones. Por eso, si la desnuclearización es imposible porque las demandas mutuas son también imposibles, entonces estamos en un círculo vicioso en el que, siendo la estabilidad la preferencia primordial de las potencias de la región, el énfasis en la desnuclearización corresponde más a un clamor diplomático convencional por parte de China, Rusia, Japón y Estados Unidos, que a una expectativa realista de éxito. Es entendible que el programa nuclear no es deseable porque genera tensiones y obstruye otros procesos de construcción de confianza, pero no es el mayor problema. El temor principal es que algo pase y detone un proceso de inestabilidad que afecte sus intereses y su seguridad.

Una dificultad adicional cuando pensamos en otro tipo de escenarios que cambien el estado de división y de guerra latente es que durante más de siete décadas se han construido dos sociedades completamente diferentes al norte y sur de la península, cuyas ideas y fabricaciones discursivas de una sobre la otra dejan muy poco espacio para la reconciliación. Ciertamente, trabajar en esto último debe ser el primer paso para la paz, pero es justamente el punto de donde deriva un factor de división: la unificación. Irónicamente, la unificación es la principal fuente de desconfianza, ya que en las circunstancias actuales significa, como se ha dicho varias veces, acabar con uno de los regímenes, lo cual es muy difícil de aceptar. Eso lleva a considerar la posibilidad de cambiar la aspiración de una sola Corea por otra forma de relación. Remitirse al punto inicial de este trabajo en el que solo durante un periodo relativamente corto de la historia milenaria de Corea (500 años de los 5 mil que oficialmente se reconocen) puede hablarse de una península unificada, da luces a la formulación de un nuevo orden, más predecible y estable, en el que pueda aceptarse la existencia de dos Estados y dos naciones, dado que sus bases identitarias actuales ya son diferentes.

Conclusión

Sería comprensible que el planteamiento expuesto en este trabajo suscite controversia, pues va a contracorriente del discurso convencional y dominante por parte de la comunidad diplomática internacional, la sociedad coreana y los coreanófilos. No obstante, de acuerdo con las observaciones y argumentos desarrollados, se considera que desprenderse de la idea de que solo puede haber una Corea verdadera y legítima puede ser el camino más realista y viable para evitar que continúen las tensiones, la competencia por sobrevivir, y el riesgo potencial de que un conflicto bélico por esta y las siguientes generaciones. Así, ya no tendría mucho sentido el programa nuclear, ni la presencia estadounidense en territorio surcoreano, ni el Ministerio de Unificación, etcétera. La paz sería valiosa por sí misma y no como preámbulo a la unificación.

Referencias

- Cumings, B. (2010). *The Korean War: A History*. N. York: Modern Library.
- Haggard, S., & Noland, M. (2007). *Famine in North Korea: Markets, Aid, and Reform*. N. York: Columbia University Press.
- Haggard, S., & Noland, M. (2008). North Korea's foreign economic relations. *International Relations of the Asia-Pacific*, 8(2), 219-246. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/26159484>
- Kim, K. (Ed.) (2014). *Global Expectations for Korean Unification*. Seoul: Korea Institute for National Unification.
- Kwak, T.-h. (1985). The Stalemate in Inter-Korean Unification Dialogue: Issues and Perspectives. *Korea Journal*, 25(2), 4-17.
- Lankov, A. (2015). *The Real North Korea. Life and Politics in the Failed Stalinist Utopia*. N. York: Oxford University Press.
- Lankov, A. (2017). Why Nothing Can Really Be Done about North Korea's Nuclear Program. *Asia Policy*, (23), 104-110.
- López Aymes, J.F. (2023). Transformación internacional y sobrevivencia del régimen en Corea del Norte: mercadización y programa nuclear. *Revista Internacional de Estudios Asiáticos*, 2(1), 166-213. [Doi:https://doi.org/10.15517/riea.v2i3](https://doi.org/10.15517/riea.v2i3)
- López Aymes, J.F., Romero Castilla, A., Escalona Agüero, A., & León Manríquez, J.L. (2009). El Rompecabezas Coreano de la Posguerra: Legado Colonial, Liberación, División y Guerra (1945-1953). En J.L. León Manríquez (Ed.), *Historia Mínima de Corea* (pp. 117-146). Ciudad de México: El Colegio de México.
- Oropeza García, A. (Ed.) (2021). *Corea. Una visión jurídica y geopolítica en el siglo XXI*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Panda, A. (2020). *Kim Jong Un and the Bomb: Survival and Deterrence in North Korea*. Oxford: Oxford University Press.
- Roldán, E. (2015). *Las grandes potencias en la península coreana ¿Qué pasa en Corea del Norte y Corea del Sur?* Ciudad de México: Asociación Mexicana de Estudios Internacionales.
- Romero Castilla, A. (1974). La reconciliación de las dos Coreas. *Revista de Relaciones Internacionales*, (4), 34-48.
- Smith, H. (2015). *North Korea: Markets and Military Rule*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Weathersby, K. (1993). *Soviet Aims in Korea and the Origins of the Korean War, 1945-1950: New Evidence from Russian Archives*. Working Paper No. 8, Washington, DC: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Zwirko, C. (2023). Kim Jong Un stresses 'exponential' nuke production at parliamentary session. *NK News*, (23 de septiembre, 2023). Disponible en: <https://www.nknews.org/2023/09/kim-jong-un-stresses-exponential-nuke-production-at-parliamentary-session/>